



Vicente Fox y el poder

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

Recuerdo una vieja máxima que el que el famoso Henry Kissinger retomó: “El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente” (quizá era una autocritica). Y también viene a mi memoria un fenómeno que pareciera revelar ciertos aspectos poco agradables de lo que algunos llaman “naturaleza humana”: un buen conjunto de los más importantes funcionarios públicos en los países denominados de “socialismo real” (es decir, en naciones con dictaduras estatocráticas de Europa del Este) habían sido abnegados y combatidos luchadores en contra de la ocupación nazi. Al arribar al poder, sufrieron una transformación; dejaron de apoyar a sus pueblos y se convirtieron en sus opresores.

René Avilés Fabila narra que a inicios del sexenio del expresidente de México, Vicente Fox, criticó a éste por su ineptitud política frente a Alejandro Gertz Manero; éste declaró que Fox era un hombre honesto. René escribe: “De aceptar la afirmación, algo debió pasar en Los Pinos, ya que ese hombre de estilo populachero, católico devoto que, imagino, respeta los mandamientos de Dios, entre ellos no robar y no mentir, salió transformado en un arrogante potentado. Todo el país ha podido comprobarlo, no por una infidelidad de sus amigos ni por la investigación de un periodista, sino porque él y la esposa, Martha Sahagún, le mostraron, en un gesto de desprecio al país, sus propiedades, todas de un lujo sin par, ostentosa de nuevo rico”¹.

Por 1997 leí un trabajo importante del analista social norteamericano William Robinson, acerca de lo que él llama poliarquía y que otras personas conocen con el nombre de “democracia de baja intensidad” o “restringida”. Robinson mostraba con toda claridad que la estrategia política nortea-

mericana para América Latina consistía, entre otras cosas, acabar con las dictaduras militares y las autocráticas monopartidistas en nuestros países iberoamericanos, para sustituirlas por democracias representativas de “bajo perfil”, o sea, deducir con toda facilidad, que en México el Partido Revolucionario Institucional (PRI), sería derrotado en las elecciones presidenciales del año 2000, y que el tirano Fujimori abandonaría el poder (previamente, varios dictadores militares, como el sanguinario Pinochet habían dejado de ser las supremas figuras gubernamentales).

Ciertamente, los cambios políticos a finales del siglo xx, no se debieron tan sólo a la estrategia norteamericana. La movilización social y la opinión pública jugaron un papel decisivo en la caída del llamado Chinochet en Perú (aunque Fujimori es de ascendencia nipona). En México, en el 2000, gran parte de la población estaba harta del PRI y de sus tropelías, por lo que muchos sectores de ella votaron por Fox y su partido, el Partido Acción Nacional (PAN), agrupación de marcado carácter derechista (mas no olvidemos que con su característica demagogia, durante su campaña Fox se definió como “centro-izquierdista”).

Sin duda, Fox ganó las elecciones del 2000, en parte por el repudio al PRI y en parte por una campaña mediática que hacía aparecer a Don Vicente con esas cualidades magnificas que menciona René, y algunas más. Pero, sin embargo, también debe recordarse que el grupo llamado “Amigos de Fox” llevó a cabo varios “trinquetes” para llevar al guanajuatense a la Presidencia, y el mismo PAN fue multado con 400 millones de pesos debido a las triquiñuelas que puso en marcha, lo que no invalidó que Fox consiguiera la banda presidencial. El gobierno norteamericano envió como observadores del proceso electoral a James Bayer y a su tocayo James Carter (cualquier buen analista de la política internacional sabe que Bayer y Carter son mucho más que simples observadores, y por ello se desplazan a muchos países como “apagafuegos”, mediadores o controladores”).

El antecesor de Fox, Ernesto Zedillo, del PRI, también jugó su papel. Antes de que se conocieran los resultados oficiales de la elección del 2000, anunció el triunfo del candidato del PAN. Gente ingenua o malintencionada ha declarado que así Zedillo abrió la puerta a la “democracia”. Eso no es más que

una falacia. Anunció la victoria del adversario con el objeto de desactivar a su propio partido; el PRI fue desarmado; no podía acusar a los foxistas de prácticas fraudulentas si el propio Presidente de la República avalaba a Fox. Por todo ello, Zedillo ha sido ampliamente premiado como directivo de varias empresas norteamericanas y ya es colaborador de Bill Gates. Por cierto, para financiar la transmisión del gobierno zedillista al foxista, el primer depósito en la cuenta de Don Vicente fue de 25 millones 150 mil pesos, según informa la revista Proceso del 23 de septiembre de 2007. ¿Qué pasó con ese dinero y cómo se gastó? Pues, como se dice en México, “sepa la bola”.

Un poco antes de las elecciones del 2000, un grupo de amigos inteligentes avezados en política, trataron de convencerme de que votara por Fox, ya que lo más importante en México era “sacar al PRI de Los Pinos”. Sin duda, el que los priistas hayan abandonado la residencia presidencial es una victoria del pueblo mexicano. Pero es una victoria muy limitada, ya que los que gobernaban con los expresidentes Salinas y



Adolfo Mexiac

Zedillo son los mismos que gobiernan con Fox y Felipe Calderón.

En México, el Estado y su maquinaria administrativa –el Gobierno– están fuertemente controlados por una oligarquía financiera, compuesta por los banqueros y empresarios más poderosos. Y es esta oligarquía la que domina a los políticos más encumbrados (que no sólo se hallan en las direcciones del PRI y del PAN, sino también del llamado jocosamente Partido de la Revolución Democrática –el PRD–, agrupación que se pretende de izquierda sin serlo). Aún más, muchos de esos políticos encumbrados son parte de esa oligarquía, como Fox y Zedillo.

Es de hacer notar, sin embargo, que el Estado no puede ser simplemente instrumento completamente al servicio de la plutocracia. Para lograr un consenso general en todo el país, el Estado se ve obligado a negociar y hacer concesiones a otros sectores de la población, aunque se esté en contra de algunos de los sectores oligárquicos, como se ha visto recientemente al aprobar el Congreso de la Unión una reforma electoral que perjudica a los grandes consorcios de los medios de comunicación.

No se trata sólo, como opinan algunos comentaristas, de que esos consorcios se vean afectados porque pierden mucho dinero al no poder hacer ya grandes negocios en las campañas electorales (en cuyos resultados han influido decisivamente). Lo más importante aquí es que el Estado ha impuesto un freno a los magnates del radio y la televisión ya que estos han arrebatado muchos ámbitos de decisión fundamentales al propio Estado, y éste no lo puede permitir. Desde luego, los magnates seguirán gozando de multitud de privilegios, pero se les imponen algunos obstáculos para que dejen de sustituir a los gobernantes en las tomas decisiones fundamentales para el país.

No cabe duda que el régimen de Fox fue un desastre para México. Se incrementaron notoriamente el hambre, el desempleo, la delincuencia común y organizada, el éxodo (uno de los más impresionantes de la historia) a los Estados Unidos, la falta de apoyo a la educación y a la cultura, etcétera. Y mientras tanto, los arribistas de “izquierda” siguen disputándose el botín. ¿Existen alternativas? Pensamos que sí, pero eso tendría que ser tema de otro artículo. ■

¹ Avilés Fabila, René. “Fox, parte de infinita corrupción mexicana”. Excelsior. México. Septiembre 23. 2007.